



La democracia: una añoranza de la cultura matrística o solidaria de la humanidad

Democracy: A Longing for the Matristic or Solidary Culture of Humanity

A democracia: um anseio da cultura matrística ou solidária da humanidade

Martha Patricia Vives Hurtado

Universidad de La Salle, Colombia

mvives@unisalle.edu.co

RESUMEN

El origen de la democracia se asocia casi siempre con la Grecia Antigua, sin embargo, estudios antropológicos argumentan que poblaciones humanas de hace 5000 a 8000 años a. C. ya vivían democráticamente en sus relaciones cotidianas. Por tanto, este artículo pretende realizar un recorrido por los orígenes de la democracia al analizar la cultura matrística o solidaria que tuvieron los ancestros humanos de la zona del Danubio, así como establecer que la democracia actual es la añoranza de ese vivir matrístico y plantear los obstáculos actuales que establece la cultura patriarcal para su consolidación.

PALABRAS CLAVE

Democracia
Cultura
Cultura matrística
Cultura patriarcal
Neomatrística

Recibido: 26 de mayo del 2014 / Aceptado: 9 de octubre del 2014

Cómo citar este artículo: Vives Hurtado, M. P. (2014). La democracia: una añoranza de la cultura matrística o solidaria de la humanidad. *IM-Pertinente*, 2(2), 95-106.

ABSTRACT

The origin of democracy is almost always associated to ancient Greece; however, anthropological studies argue that human populations from 5000-8000 years AC already had democracy in their everyday relationships. Therefore, this paper aims to review the origins of democracy by analyzing the matristic or solidary culture of human ancestors from the Danube area and establishing that democracy today is the longing for that matristic way of living and posing the current obstacles established by patriarchal culture for its consolidation.

KEYWORDS

Democracy
Culture
Matristic culture
Patriarchal culture
Neomatristic

RESUMO

A origem da democracia se associa quase sempre com a Grécia antiga; porém, estudos antropológicos argumentam que populações humanas de 5000 a 8000 anos a.C. já viviam democraticamente em suas relações cotidianas. Portanto, este artigo pretende realizar um recorrido pelas origens da democracia ao analisar a cultura matrística ou solidária que os ancestrais humanos da zona do Danúbio tiveram, assim como estabelecer que a democracia atual seja a saudade desse viver matrístico e plantear os obstáculos atuais que a cultura patriarcal estabelece para a sua consolidação.

PALAVRAS CHAVE

Democracia
Cultura
Cultura matrística
Cultura patriarcal
Neomatrística

Orígenes de la cultura democrática

El origen de la democracia ha sido asociado con la forma de gobierno que se instauró en la Grecia antigua,¹ pero estudios antropológicos muestran que en las primeras colectividades humanas habían indicios de una vivencia democrática, conocida por los antropólogos como *cultura matrística*² o *solidaria*. Esta convivencia se caracterizaba por el respeto, la solidaridad, la participación, la responsabilidad, la igualdad, entre otros aspectos.

Riane Eisler (1991) argumenta que a partir de los hallazgos de restos arqueológicos en la zona del Danubio, se concluye que los pobladores de la Europa del año 5000 a. C. vivieron un modo de vida diferente al que caracteriza a la cultura patriarcal de hoy en día. La autora relata que en dichos restos no se encontraron huellas de guerra, ni divisiones en los campos de cultivos, no había apropiación de la tierra y la población vivía armónicamente con la naturaleza, representada a través de las diosas o figuras femeninas. Las mujeres y los hombres vestían de forma similar y los entierros no mostraban diferencias de clase y estatus entre ellos. Esta cultura³ es la llamada *matrística prepatriarcal europea*, “en donde se supone que los niños accedían a su vida adulta sumergidos en el mismo emocionar de su infancia, esto es, en la aceptación mutua, la colaboración, la participación, el respeto por el otro, la armonía con la naturaleza, entre otros aspectos, cotidianos de su existencia” (Vives y Burgos, 2001, p. 103).

Las sociedades matrísticas adoraban a la madre naturaleza, se constituyeron en sociedades que se caracterizaban por la solidaridad, la armonía y el amor extendido a toda la tierra. La mujer tenía un gran significado, pues la asociaban con la madre naturaleza, ahora bien, el hecho de que la mujer tuviera gran importancia en la vida cotidiana de estas comunidades, no implicó

1 En la Grecia antigua se estableció una forma de gobierno en donde los ciudadanos o los pertenecientes a la polis (ciudad) participaban en las decisiones que los afectaban a todos. Esta forma de gobierno se denominó *democracia*, *demos*: pueblo y *kratos*: poder, lo que significa *poder del pueblo*. Esta democracia era directa, es decir, los ciudadanos se reunían en la plaza (ágora) para tomar decisiones de manera colectiva sobre los problemas públicos y administrativos de la ciudad. Esta forma de gobierno incluía solo a los hombres como ciudadanos, excluyendo a las mujeres, los esclavos y los extranjeros en los procesos de participación.

2 Es de anotar que *cultura matrística* no es lo mismo que *cultura matriarcal*. La cultura matrística a la cual hace referencia el autor Humberto

Maturana es la misma cultura solidaria planteada por Riane Eisler. Las culturas patriarcal y matriarcal se refieren a las mismas redes de conversaciones caracterizadas por el control, la dominación, la sumisión, etcétera, pero relacionadas con la dominación de uno de los géneros.

3 *Cultura* es definida en este artículo como una red de conversaciones que configuran unas formas de pensar, sentir y actuar en la gente que comparte un modo de vida. La frase “red de conversaciones” se refiere al tejido a partir del diálogo que establecen las personas en su interacción en la vida cotidiana, por tanto, en esas redes nacemos y nos socializamos, configurando las formas de sentir, pensar y actuar propias de la cultura a la cual pertenecemos.

que el hombre estuviera dominado y sometido por ella. Según Eisler: “Aunque en estas sociedades al parecer la descendencia se trazaba a través de la madre y las mujeres en calidad de sacerdotisas y jefas de clan [...] no hay mayores evidencias de que en este sistema social la posición de los hombres hubiera sido en algún sentido comparable con la subordinación y supresión de las mujeres que caracteriza al sistema masculino dominante que lo reemplazó” (Eisler, 1991, p. 28). Por tanto, el reconocimiento de la mujer en las sociedades matrísticas o solidarias se daba a partir de su comparación con la madre naturaleza en sus capacidad de dar vida y en la sabiduría que ella entraña.

Por lo anterior, podemos determinar que la cultura matrística estaba caracterizada por el respeto mutuo, la colaboración, la confianza y la solidaridad, no existían competencias entre sus integrantes. Su modo de vida era distinto a la apropiación, la acumulación y la dominación, pues percibían a la madre naturaleza como la dadora de subsistencia para todos los animales y la especie *Homo sapiens*, lo que implica el sentido de relación, respeto y unidad con el planeta Tierra. Los otros seres humanos y los animales no eran asumidos como competencia, pues todos estaban en las mismas condiciones de acceder a los recursos que brindaba la madre. Las tareas cotidianas se vivían en armonía, asumiendo un pensamiento sistémico de relaciones entre lo humano y lo natural. Se vivía en la responsabilidad y en la conciencia de la pertenencia a un mundo natural; se era consciente de las consecuencias de las propias acciones sobre los otros y la madre tierra. El sexo y el cuerpo eran aspectos naturales de la vida, se asumían como fuentes de placer, sensualidad y ternura, ya que formaban parte de la armonía total de la naturaleza.

Encuentro entre la cultura matrística y la cultura patriarcal

La arqueóloga Marija Gimbutas citada por Maturana y Verden-Zoller (1994) plantea que la cultura matrística fue destruida por pueblos pastores patriarcales hace mucho tiempo. Se cree que algunos pueblos provenientes de Asia, como los lapones, trajeron la cultura patriarcal a toda Europa. Estos pueblos hacían migraciones anuales de manadas de animales silvestres y su modo de vida era distinto a la cultura matrística o solidaria:

El paso de la cultura matrística a la patriarcal posiblemente se originó cuando los pueblos que vivían siguiendo alguna manada particular de animales

migratorios, comienza a restringir el acceso a ellos de otros comensales normales como el lobo, y lo hacen no solo de una manera ocasional, sino que como una práctica cotidiana que se conserva transgeneracionalmente a través del aprendizaje corriente y espontáneo de los niños que crecen como miembros de ese pueblo o comunidad. (Vives y Burgos, 2001, p. 106)

En la cultura matrística, como se dijo anteriormente, todos los animales tenían derecho a tomar su sustento de la madre naturaleza, pero al empezar a restringir ese sustento a ciertos animales, apareció el sentido de la enemistad, la apropiación y la acumulación como formas relacionales en estas comunidades. De este modo, la cultura patriarcal no pudo haber surgido sin el cambio emocional que la hizo posible como modo de vida, y ese cambio en el emocionar tiene que haber surgido en el proceso mismo en que se comenzó a vivir de esa manera (Maturana y Verden-Zoller, 1994).

En la cultura matrística, el cuidado de los animales era una práctica espontánea sin ninguna limitación del espacio. Al venir los pastores crearon una jerarquización y empezaron a hacer de las herramientas armas para guerrear, pues debían cuidar sus rebaños de las otras comunidades humanas y no humanas. Este cambio implicó transformaciones en la concepción sobre el otro o lo otro, pues los seres humanos y los animales se convirtieron en enemigos al querer tomar del rebaño que se cuidaba, apareciendo la enemistad, la apropiación y el sentido de acumulación. Surgió la violencia, pues el deseo de control y apropiación que apareció desde el pastoreo se extendió a otros dominios como la tierra, las ideas, las creencias, la mujer, los objetos, etcétera. La muerte se entendió como sufrimiento y no como algo natural del ciclo vida-muerte, ya que se empezó a presentar este hecho por actos antrópicos y no naturales.

El sentido del control y de la apropiación que fue emergiendo por la actividad del pastoreo, se extendió a la vida sexual de la mujer, cambiando el sentido de la familia y de las relaciones sociales en la cultura matrística, y convirtiendo al hombre en un patriarca. A las mujeres se les quitó el rol como sacerdotisas y jefas del clan para convertirse en propiedad del hombre. Maturana y Verden-Zoller (1994) plantean que este proceso implicó un cambio en el emocionar de las comunidades y se fue dando en el fluir diario de hombres, mujeres y niños como algo natural de la convivencia.

Desde este recorrido histórico, autores como Maturana y Verden-Zoller (1994) y Eisler (1991) mantienen que aunque la cultura matrística se constituyó primeramente como una manera de ser en los comienzos de la humanidad y permitió el desarrollo de lo humano, la cultura patriarcal, por diversas

razones, se fue consolidando hasta convertirse en un modo de vida y en unas prácticas aceptadas por todos, dejando en la penumbra a la cultura matrística. A propósito de lo anterior, dice Pérez:

La cultura que vivimos en Occidente es la cultura patriarcal, caracterizada por una red de conversaciones y un empujar de negación del otro que posibilita la apropiación de bienes excluyendo a otros de su posesión y usufructo; que genera relaciones de poder y obediencia y no de cooperación como forma consuetudinaria de relación entre las personas; que construye la vida como una continua competencia por la dominación y el control sobre el mundo y sobre los otros, en una permanente desconfianza; que no acepta los desacuerdos ni la concertación, sino que confronta las diferencias y las convierte en conflictos, resolviéndolos mediante el uso de la fuerza para el sometimiento del más débil; que asume al lucro como la ética del mundo económico; y que en general mantiene a la agresión como visión del mundo, postulando como el máximo desarrollo social posible la paz como el estado de no guerra, y la tolerancia como una estrategia para diferir en el tiempo la supresión o el cambio del otro y no la convivencia armónica en la aceptación plural de las diferencias y del otro como distinto pero igual a nosotros en su derecho a la existencia y al desarrollo humano desde su propia perspectiva y en la co-construcción de un proyecto común de nación. Esta cultura patriarcal es la cultura que portan los adultos como resultado de su propio proceso de socialización y es la cultura en la que a su vez socializan a los niños con quienes conviven. (2001, p. 69)

Humberto Maturana plantea que la cultura patriarcal es una red de conversaciones caracterizada por la coordinación de acciones y emociones que hacen de la vida cotidiana una coexistencia en la que se valora la guerra y la apropiación de los recursos; se encuentra inmersa dentro de un sistema de dominación en el que se aceptan las jerarquías, la riqueza y el progreso tecnológico como estrategias que permiten dominar y someter a los otros seres humanos y a toda la naturaleza.

Sin embargo, a pesar de las invasiones que sufrió la cultura matrística, esta no fue totalmente destruida, pues permaneció oculta entre las relaciones de mujeres y sumergida en la intimidad de las interacciones madre-hijo (Maturana y Verden-Zoller, 1994). Los seres humanos están, por lo tanto, inmersos tanto en la cultura matrística como patriarcal, siendo esta última la predominante.

En consecuencia, los elementos propios de la cultura patriarcal y de la cultura matrística en las relaciones y experiencias del vivir que suceden en la cotidianidad se evidencian al observar los comportamientos de los seres humanos cuando, en unos espacios y momentos determinados, se mueven en la solidaridad y en el respeto, y, en otros, en la competencia y en el egoísmo (Pérez, 2001).

En el sentido anterior, el ser humano es contradictorio y desea participar, respetar, cooperar, ser solidario y equitativo, vivir en la igualdad, en el pluralismo, en la armonía y en la libertad... pero se comporta en la exclusión, la competencia, el autoritarismo, la apropiación, la hegemonía, el control, la guerra, la desconfianza, la sumisión... como resultado de la vivencia en las dos redes de conversaciones.

La democracia actual y su trasfondo patriarcal

Los seres humanos añoramos ese vivir matrístico, por eso realizamos estados democráticos en los países, manuales de convivencia en las instituciones escolares, convenciones sobre derechos humanos, acuerdos internacionales y diferentes tratados, con el fin de establecer relaciones armónicas con los otros seres humanos y la madre tierra.

La democracia significa *demos*-pueblo/*cratos*-gobierno, lo que implica la participación de todos los ciudadanos en los asuntos públicos, es decir, en los asuntos que afectan al colectivo. La democracia es una forma de organización social y política en donde el poder reside en la totalidad de sus miembros, lo que significa que las decisiones se toman considerando la voluntad colectiva mediante diferentes mecanismos de participación (Vives, 2011).

Sin embargo, para que la democracia se instaure como una cultura debe ser más que una forma de gobierno, se debe constituir como una forma de vida en donde se aceptan y reconocen los derechos de los ciudadanos, la pluralidad, la diversidad y el disenso. La democracia, por tanto, debe fomentar las relaciones basadas en el respeto, la participación, la justicia, la solidaridad, la libertad, la confianza y el sentido de lo público, lo que implica generar unas formas de pensar, sentir y actuar en la vida cotidiana de los ciudadanos y de los sistemas sociales, coherentes con esos valores y actitudes democráticas.

En la vida cotidiana, los seres humanos tratamos de configurar formas relacionales propias de la democracia, pero esas formas, aunque las denominemos

democráticas, muchas veces tienen un trasfondo patriarcal, ya que se caracterizan por relaciones de poder, exclusión, competencia, oposición, apropiación, acumulación, desconfianza, autoritarismo, guerra, control y dominación entre los seres humanos. Lo anterior significa que la democracia es un deseo del vivir matrístico, pero su práctica se dificulta por la cultura patriarcal dominadora que actualmente sostenemos los seres humanos. A continuación veremos algunos ejemplos de la vida cotidiana donde se muestran algunas prácticas democráticas con trasfondo patriarcal (Maturana y Verden-Zoller, 1994):

- *El poder político.* La democracia implica que los ciudadanos elijan a sus representantes para que defiendan sus intereses. Sin embargo, en la práctica, los representantes se olvidan de sus representados, surgiendo el deseo de dominar y controlar las conductas de los otros para satisfacer sus propios intereses. El funcionario público aprovecha el poder que tiene para tomar decisiones que le beneficien, muchas veces con el deseo de enriquecerse, lo que implica la apropiación y la acumulación propias de la cultura patriarcal.
- *La representación de los excluidos.* Como se dijo, la democracia es representativa, pero a veces se asume que ciertos miembros de la población, los menos favorecidos no tienen la capacidad para participar, analizar y discutir con criterio los asuntos públicos; por tanto, se excluyen los ya excluidos. El trasfondo de esta actitud está basada en las jerarquías, el control y el poder sobre los otros, lo que lleva a la ilegitimidad del otro.
- *La libre competencia.* Una de las premisas fundamentales de la democracia es la libertad, en especial en la producción de bienes y servicios. Esta concepción hace que la competencia entre unos y otros ciudadanos se dé en la vida cotidiana, pues cada uno busca el acceso a los medios de subsistencia. Esta libertad hace que la enemistad surja entre los seres humanos, pues el deseo de apropiación, acumulación y riqueza se convierte en el horizonte del desarrollo individual, pero no del colectivo. La cultura patriarcal favorece el individualismo y la competencia, ya que se basa en emociones de ambición y desconfianza frente al otro.
- *La defensa de la democracia.* La cultura patriarcal está basada en la apropiación, el control, el autoritarismo y la subordinación. En nombre de la democracia se han establecido guerras o dominación de pueblos y países, pues se cree que el disenso, el desacuerdo o las posturas distintas

son una amenaza para la seguridad y la protección de todos. Desde ahí se justifican las invasiones de los pueblos.

- *Las jerarquías y la división de poderes como facilitadores del orden social.* Se consideran necesarias las jerarquías y la división de poderes para garantizar el orden social. Sin embargo, los roles asumidos en estas se basan muchas veces en el control y la dominación de los otros. Se olvida que cada ser humano realiza funciones específicas en la estructura social, pero que esto no significa que alguien sea más importante que otro o que no tenga la misma valoración y dignidad como ser humano. Se presentan privilegios y favoritismos para los que están arriba en la estructura jerárquica o manejan los poderes (legislativo, ejecutivo y judicial), por ello se genera exclusión y negación de los que están en la base.
- *La oposición como fundamento de la democracia.* La democracia supone la diferencia, el disenso y la controversia, sin embargo, estos elementos son asumidos en la vida cotidiana como amenaza. No se separa lo ideológico de lo personal, pues las diferencias de pensamiento establecen enemistades entre los seres humanos, se desprestigia al otro o se busca su eliminación. No se reconoce que en la diferencia está la riqueza de una sociedad.

Las argumentaciones anteriores dan cuenta de cómo la cultura patriarcal sigue inmersa en los sistemas democráticos actuales y cómo se legitiman sus formas relacionales de poder, dominación, guerra, apropiación, acumulación y control en la vida cotidiana. Estas argumentaciones incitan la reflexión minuciosa sobre las democracias, puesto que estamos reproduciendo otras formas relacionales diferentes a la cultura democrática esperada.

Los seres humanos queremos unas relaciones democráticas basadas en el respeto, la solidaridad, la inclusión, la armonía, la consideración de la naturaleza, la participación, la resolución pacífica de los conflictos, el trabajo en equipo, la igualdad, entre otros aspectos, que se ven obstaculizados por esa cultura patriarcal dominadora; por tanto, es necesario generar estrategias pedagógicas que transformen esas formas patriarcales por formas relacionales más matrísticas o solidarias.

Neomatrística: la democracia que añoramos

Los seres humanos deseamos vivir en armonía con los otros y la naturaleza. Ese deseo de relacionarnos matrística y solidariamente reclama a gritos la reflexión permanente sobre el mundo que queremos vivir. En este horizonte, el análisis sobre la consolidación de una cultura democrática se hace indispensable, pues se deben realizar cambios en las formas de pensar, sentir y actuar que reproducen la cultura patriarcal⁴ y que impiden la democracia como una forma de vida.

Como se planteó en párrafos anteriores, la democracia debe ser más que una forma de gobierno o de representación, no debe ser solamente un asunto de escoger los representantes que más afinidad tienen con nuestras ideologías; la democracia es una forma de vida (cultura), es decir, se debe manifestar en la cotidianidad el respeto por el otro y la naturaleza, el derecho a la participación, la solidaridad y la colaboración para coordinar acciones conjuntas, la igualdad de oportunidades, la justicia social, entre otros asuntos. Estas formas relacionales que deseamos, deben manifestarse espontáneamente en la vida diaria, y para esto, se requieren procesos de socialización acordes a esas formas relacionales; en otras palabras, para que esas formas se vuelvan prácticas culturales centrales de la convivencia, se hace necesario que los niños, niñas y jóvenes se socialicen en espacios y relaciones de este tipo. Lo anterior también implicará que los adultos realicen cambios en sus formas de pensar, sentir y actuar, ya que se convierten en agentes de socialización de las nuevas generaciones en los espacios de la familia, la escuela, las iglesias, entre otras institucionalidades.

Por tanto, la educación desempeña un papel fundamental en ese cambio cultural que necesitamos los seres humanos y las sociedades humanas, pues la realidad muestra que si seguimos en ese modo patriarcal de convivencia, la naturaleza y los seres que habitan en esta, incluyendo la especie *Homo sapiens*, desaparecerán.

La realidad concreta y los informes internacionales referidos a aspectos sociales y educativos muestran que la brecha entre ricos y pobres ha aumentado, y que incluso cada vez existen ricos que son más ricos (Max-Neef, 1992),

4 Esto no significa que desaparecerá la cultura patriarcal instantáneamente, puesto que se reconoce que los procesos de cambio cultural son lentos y dispendiosos, lo que se plantea es que se vayan cambiando paula-

tinamente esas formas de pensar, sentir y actuar que reproducen la cultura patriarcal, por formas de sentir, pensar y actuar del emocional matrístico y solidario.

personas que, por ejemplo, pueden acumular cinco productos internos brutos de países africanos (Rodado y Grijalba, 2001). Esto muestra el deseo de la apropiación y la acumulación tan propio de la cultura patriarcal. El calentamiento global, el cambio climático y los gases de efecto invernadero evidencian el irrespeto a la naturaleza, pues impera más la producción y el tener, maximizar las ganancias, que el respeto a las diferentes formas de vida en el planeta y de sus ecosistemas (Farah y Vasapollo, 2011). Todavía en el siglo XXI los seres humanos vivimos en guerras, porque se nos dificulta aceptar y respetar que otros tengan ideologías y religiones diferentes a las nuestras, aparte de las guerras que se inventan para apropiarse de los territorios que tienen bastante riqueza en cuanto a recursos naturales (Pérez, 2001).

Por lo anterior, es urgente que desde la educación (Delors, 1997) se diseñen ambientes educativos que generen cambios en las formas de pensar, sentir y actuar de la gente que habita el planeta, es decir, realizar cambios para que las actitudes de competencia, avaricia, violencia, desconfianza, egoísmo e individualismo sean remplazadas por actitudes de solidaridad, compasión, ternura, respeto, confianza, unidad y justicia, ya que sin estas es imposible hablar de convivencia democrática.

El cambio es posible, pues tenemos el trasfondo matrístico y solidario que nos impulsa a vivir armónicamente; solo debemos ampliar esas formas en la vida cotidiana, con el fin de que las generaciones futuras les guste más ese modo de vivir matrístico que patriarcal, y puedan consolidar el tan anhelado *ethos* democrático como una forma de vivir neomatrísticamente.

Bibliografía

- Delors, J. (1997). *La educación encierra un tesoro: informe a la Unesco de la Comisión Internacional sobre Educación para el Siglo XXI*. París: Unesco.
- Eisler, R. (1991). *El cáliz y la espada: nuestra historia, nuestro futuro*. Madrid: Cuatro Vientos.
- Farah, I. y Vasapollo, L. (2011). *Vivir bien: ¿paradigma no capitalista?* Bolivia: Cides-UMSA/Sapienza Universita de Roma/Oxfam.
- Maturana, H. y Verden, G. (1994). *Amor y juego: fundamentos olvidados de lo humano*. Santiago de Chile: Instituto de Terapia Cognitiva.
- Max-Neef, M. (1992). *Desarrollo a escala humana*. Santiago: Cepaur.

- Pérez, T. (2001). *Convivencia solidaria y democrática: nuevos paradigmas y estrategias pedagógicas para su construcción*. Bogotá: Instituto María Cano.
- Rodado, C. y Grijalba, E. (2001). *La Tierra cambia de piel: una visión integral de la calidad de vida*. Bogotá: Planeta.
- Vives, M. P. (2011). *Modelo teórico sobre la génesis y consolidación de la confianza*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Vives, M. P. y Burgos, J. J. (2001). *El decir y el hacer en la construcción de la escuela que queremos: la tensión entre el diseño y la ejecución de ambientes educativos para la formación del respeto y la aceptación del otro en la vida cotidiana*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.